

EL AMOR DE DIOS SE APRENDE

(1) No se aprende a amar como se aprende, por ejemplo, a tocar el piano o a usar el ordenador. Por así decirlo, hay que co-aprenderlo en el meollo de las distintas actividades cotidianas. Y, naturalmente, se aprende también de personas ejemplares. En primer lugar, de los padres, que son un ejemplo y una guía donde se ve correctamente realizada la esencia del ser humano. Más tarde, se aprende en los encuentros que la vida le ofrece a uno. Se aprende de los amigos, de la realización de tareas que se comparten con otros. Se aprende cada vez que se deja al margen la consecución prioritaria del propio interés para saborear un recorrido en el que se aprende a dar y a recibir (BENEDICTO XVI, *El amor se aprende*, 32).

(2) Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como *oblación y víctima de suave aroma*. (...) Llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias siempre y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo: las mujeres a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el salvador del cuerpo. (...) Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborrece jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo. *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una carne*. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia. En todo caso, también vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer, que respete al marido (Ef 5,1-33).

(3) Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. *Jn*

7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. *Jn* 19, 34) (BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, § 7)... El «mandamiento» del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado (*Id.*, § 14).

(4) La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer. La madre admira este misterio y con intuición singular «comprende» lo que lleva en su interior. A la luz del «principio» la madre acepta y ama al hijo que lleva en su seno como una persona. Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre —no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general—, que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer. Comúnmente se piensa que *la mujer* es más capaz que el hombre de dirigir su atención *hacia la persona concreta* y que la maternidad desarrolla todavía más esta disposición. El hombre, no obstante toda su participación en el ser padre, se encuentra siempre «fuera» del proceso de gestación y nacimiento del niño y debe, en tantos aspectos, *conocer por la madre* su propia «paternidad». Podríamos decir que esto forma parte del normal mecanismo humano de ser padres, incluso cuando se trata de las etapas sucesivas al nacimiento del niño, especialmente al comienzo. La educación del hijo —entendida globalmente— debería abarcar en sí la doble aportación de los padres: la materna y la paterna. Sin embargo, la contribución materna es decisiva y básica para la nueva personalidad humana (Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, § 18).

(5) A pesar de sus múltiples aspectos y planos, podemos decir al menos que el amor conlleva un acto de general aprobación hacia otro, un sí hacia a aquél a quien se dirige el amor. ‘Es bueno que tú existas’, así ha definido Josef Pieper la esencia del amor, reflejándolo en una frase. El amante descubre la bondad del ser en la persona amada, es feliz por su existencia, dice ‘sí’ a esa existencia y la reafirma. Antes de cualquier consideración sobre sí mismos, antes de cualquier deseo, está sencillamente el ser feliz por la existencia del amado, el ‘sí’ a este ‘tú’ (BENEDICTO XVI, *El amor se aprende*, 30).

(6) El amor de Cristo ha de ser la referencia constante del amor matrimonial, porque, primero y sobre todo, es su “fuente”. El amor de los esposos es “don” y

derivación del mismo amor creador y redentor de Dios. Y esa es la razón de que sean capaces de superar con éxito las dificultades que se puedan presentar, llegando hasta el heroísmo si es necesario. Ese es también el motivo de que puedan y deban crecer más en su amor: siempre, en efecto, les es posible avanzar más, también en este aspecto, en la identificación con el Señor (CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Verdad del Amor humano*, § 43).

(7) Después del pecado de los orígenes, vivir la rectitud en el amor matrimonial es “trabajosa”. A veces es difícil. La experiencia del mal se hace sentir en la relación del hombre y la mujer. Su amor matrimonial se ve frecuentemente amenazado por la discordia, el espíritu de dominio, la infidelidad, los celos y conflictos, que pueden conducir en ocasiones hasta el odio y la ruptura. Acecha constantemente la tentación del egoísmo, en cualquiera de sus formas, hasta el punto de que sin la ayuda de Dios el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó ‘al comienzo’. Sólo el auxilio de Dios les hace capaces de vencer el repliegue sobre sí mismos y abrirse al ‘otro’ mediante la entrega sincera –en la verdad- de sí mismos. Precisamente, tras la caída del principio, este es uno de los cometidos asignados por Dios al sacramento del matrimonio en relación con el amor conyugal” (CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Verdad del Amor humano*, § 44).

(8) Cristo necesita familias para recordar al mundo la dignidad del amor humano y la belleza de la vida familiar (BENEDICTO XVI, *Discurso en la vigilia de Hyde Park* (18.IX.2010)).

¿Crees que aprendes cada día a amar? ¿De quién o de qué te es más fácil aprender en el amor verdadero? ¿Fundamentáis vuestro sometimiento mutuo en el sometimiento que ambos debéis al Señor, al Bien y a la Verdad? ¿Tratas de que tu amor esponsal sea delicado, tierno, misericordioso, paciente y entregado para ser así imagen del Amor de Cristo a su Iglesia? ¿Qué consideraciones prácticas, de la vida ordinaria, se extraen del hecho de que los esposos deben amarse recíprocamente como Cristo amó y se entregó por su Iglesia? ¿En qué te enseñó a amar tu madre? ¿Crees que aceptas a tu cónyuge tal y como es?